

La Comédiathèque

ARREPENTIMIENT ©

Jean-Pierre Martinez

comediatheque.net

**Este texto se ofrece gratuitamente para la lectura.
Antes de cualquier explotación pública, profesional o aficionada,
se debe obtener la autorización de la SACD :
www.sacd.fr**

Arrepentimiento

Jean-Pierre Martinez

Empleado oscuro de una empresa de informática en pleno crecimiento, Ángel se jubila esta noche. Ha insistido en despedirse de su joven jefe. Lo que debería haber sido una simple conversación de cortesía se convierte en un enfrentamiento. Pero en este juego virtual del gato y el ratón, ¿quién manipula realmente el ratón?

Personajes

Alex
Ángel(a)

En esta versión, ambos personajes son hombres.
Pero el género es indiferente. Distribuciones posibles: 2H, 1H/1M, 2M.

© La Comédiathèque

El despacho del CEO de la empresa de informática Biodatech. En la pared, un retrato del fundador fallecido de la empresa. Alex De la Vega, su hijo, un treintañero de elegancia informal, está tecleando en su ordenador. En su escritorio, destaca una foto de un niño. En una esquina, una mesa con ruedas con algunas botellas y vasos. En otra esquina, una caña de pescar. Suena el teléfono, y Alex contesta.

Alex – Sí, Vanessa... ¿Quién? Ah, sí, es verdad, había olvidado a ese pesado. Vale, sí, que pase enseguida. ¿Y a qué hora es esa despedida? De acuerdo, intentaré pasarme. ¿Me preparas unas palabras para la ocasión? Algo así, en plan elogio fúnebre. Porque ya ni me acuerdo de qué hacía exactamente aquí ese tipo. Lo que sí sé es cuánto le costaba a la empresa en sueldo... Bueno, era un viejo amigo de mi padre. Le prometí que lo mantendría hasta su jubilación. Al menos mañana nos lo quitaremos de encima. Ah, Vanessa, ¿tienes listos los ejemplares del contrato que tengo que firmar en Nueva York el lunes? OK... ¿Y los billetes de avión? Perfecto. Sí, sí, que pase... *(Cuelga el teléfono.)* Cuanto antes se marche este parásito... Con el dinero que vamos a ahorrar, podremos contratar a dos ingenieros novatos...

Vuelve a teclear en su ordenador. Entra Ángel Ramírez, un sexagenario con traje y corbata, de estilo tradicional y anticuado, que contrasta con el look joven y moderno de Alex. Ángel tiene un aire afable y reservado. Alex levanta la mirada de su pantalla.

Alex – Ah, buenos días, señor Martínez...

Ángel – Ramírez. Ángel Ramírez.

Alex se levanta para estrecharle la mano.

Alex – Por supuesto... Buenos días, señor Ramírez.

Ángel – Llámeme Ángel, por favor.

Alex – ¿Puedo ofrecerle un café...? A menos que prefiera probar este excelente whisky que me trajo con motivo de su despedida. Por cierto, muchas gracias.

Ángel – Espero que le haya gustado...

Alex – Todavía no he tenido la ocasión de probarlo... Pero no hacía falta... Normalmente, son el jefe y los colegas quienes regalan algo al que se marcha, ¿sabe?

Ángel – Un whisky estará bien... Pero me acompaña.

Alex – Solo un pequeño vaso, entonces.

Alex sirve dos vasos y le tiende uno a Ángel.

Ángel – Gracias.

Brindan.

Alex – ¡Por una merecida jubilación, entonces!

Ángel – ¡Por Biodatech! Por su glorioso pasado y su futuro lleno de promesas...

Alex – Es verdad que es excelente...

Ángel – Es un whisky escocés. Dicen que es bueno para las arterias...

Alex – Si es bueno para las arterias, entonces... ¿Le sirvo más?

Ángel – Así está bien, gracias. Si llego ya achispado a mi despedida... No quiero dejar una mala impresión, ¿me entiende?

Alex – Claro... (*Irónico.*) Sobre todo porque era usted un empleado bastante discreto... Sería una pena que ahora se hiciera notar...

Ángel – Además, no quiero molestarle mucho. Debe de estar muy ocupado con la firma de ese nuevo contrato.

Ángel se sienta sin haber sido invitado, y Alex parece un poco molesto.

Alex – En efecto... (*Irónico.*) Pero por favor, siéntese.

Ángel – Podríamos decir incluso que es el contrato del siglo, ¿no es así?

Alex se sienta de nuevo en su silla.

Alex – Es un punto de inflexión en la historia de Biodatech, eso está claro. Esta vez vamos a jugar en la liga de los grandes.

Ángel – Bank of America no es cualquier cliente...

Alex – Nuestra facturación se va a duplicar. Tendremos que contratar personal. (*Todavía irónico.*) Sobre todo, con su jubilación, señor Martínez...

Ángel – Ramírez...

Alex – Perdón, debe de ser el efecto del whisky... Para ser honesto, no estoy muy acostumbrado. Y bueno, ya nos deja...

Ángel – Así es... Unos se van, otros llegan, es el gran ciclo de la vida... Perdón, no lo decía por su padre... Sentí mucho su fallecimiento, por supuesto. Como todos nosotros...

Alex – Sí... Usted conoció bien a mi padre, ¿verdad? Creo que usted ya estaba aquí cuando él fundó la empresa. En cambio, nosotros apenas nos conocemos. ¿Tenía que jubilarse para que tuviéramos la ocasión de charlar un poco?

Ángel – En efecto, cuando conocí a su padre, la empresa solo tenía dos empleados. Él... y yo.

Alex – Hoy tiene dos mil...

Ángel – Compartíamos el mismo despacho en un pequeño local que parecía más un desván.

Alex – Dicen que Bill Gates fundó Microsoft en un garaje.

Ángel – Eso crea lazos, por supuesto. El señor De la Vega y yo éramos muy cercanos en aquella época. Me atrevería a decir que éramos amigos...

Alex – Sin duda, por eso insistió en mantenerle hasta el final. Justo antes de su fallecimiento, cuando organizaba su sucesión, me comentó algo al respecto...

Ángel – Su padre era duro en los negocios, pero muy leal en la amistad.

Silencio incómodo.

Alex – Y hoy, usted nos deja, como él...

Ángel – Bueno, yo no estoy del todo muerto todavía.

Alex – Perdón, no era eso lo que quería decir.

Ángel – En cualquier caso, al igual que él, me voy tranquilo, ¿no? Con usted, el relevo está asegurado. Y con este nuevo contrato, todo apunta a positivo.

Alex no parece dispuesto a continuar hablando del tema, así que cambia de conversación.

Alex – Entonces, ¿qué va a hacer con su tiempo libre, señor Ramírez? Ahora que ya no tendrá que levantarse por la mañana para trabajar... Bueno, al menos para ir a la oficina, claro...

Ángel – La verdad... Todavía no he tenido mucho tiempo para pensarlo. Como todos los jubilados, imagino. Un poco de deporte para intentar mantenerme en forma. Quizás algunos viajes. Y he decidido involucrarme en dos o tres asociaciones. Para sentir que todavía soy útil de alguna manera...

Alex – Es muy loable por su parte... ¿Qué tipo de asociaciones, si se puede saber?

Ángel – Pues... principalmente SOS Suicidio. Por motivos personales, es una causa que me toca especialmente.

Alex – Ah, ya... No tendría la indiscreción de preguntarle por qué...

Ángel – Bueno, para serle sincero...

Alex (*interrumpiéndole*) – No, pero no se sienta obligado a explicármelo... De hecho, me temo que no puedo dedicarle mucho tiempo, por desgracia. El lunes tengo que irme a Nueva York y...

Ángel – Ah, sí... La conquista del Oeste, por así decirlo... (*Ve el retrato del padre de Alex y se levanta para admirarlo.*) Recuerdo perfectamente el momento en que se tomó esta foto. Estábamos celebrando la firma de nuestro primer gran contrato, precisamente...

Alex (*con impaciencia*) – ¿Quería verme por algo, señor Ramírez...?

Ángel – Sí...

Alex – ¿Por simple cortesía, para despedirse en persona? ¿O tenía alguna petición especial? Si puedo hacer algo por usted... ¿Quizás una contribución simbólica a esa asociación que tanto le importa? Nuestra empresa bien podría permitirselo. (*Con ironía.*) Como regalo de jubilación, un donativo a SOS Suicidio me parece totalmente adecuado...

Ángel vuelve a sentarse, algo incómodo.

Ángel – En efecto, tenía... algo que decirle, señor De la Vega. En privado...

Alex parece algo inquieto.

Alex – Le escucho...

Ángel – Es que... no es fácil.

Alex, intrigado, intenta bromear.

Alex – Me está empezando a dar miedo, señor Ramírez... ¿Ha matado a algún colega de oficina que no soportaba? ¿Y su cadáver lleva más de treinta años encerrado en un armario, temiendo que descubran su esqueleto cuando usted se marche?

Ángel – Pues, en realidad... algo de eso hay.

Alex se muestra claramente sorprendido.

Alex – Cuénteme eso...

Ángel – Es una larga historia.

Alex – Espero que no sea demasiado larga. Todavía tengo muchas cosas que resolver antes de su despedida esta noche...

Ángel – Digamos que... es un dilema moral.

Alex – ¿Un dilema moral? Vaya... No sabía que los informáticos tuvieran dilemas morales... (*Ángel no parece estar de humor para bromas.*) Pero continúe, por favor...

Ángel – Como sabe, la reputación de Biodatech se construyó sobre la primera patente de tarjeta inteligente biométrica, que ofrecía una seguridad absoluta y una infinidad de servicios complementarios.

Alex – Una patente registrada por mi padre, hace cuarenta años.

Ángel – Y fue a partir de ese primer éxito que la empresa empezó a prosperar. Hasta convertirse hoy en día en una de las principales del país en el sector de los servicios informáticos.

Alex – Con este nuevo contrato, aspiramos incluso a ser la primera.

Ángel – No es ningún secreto, además, que Biodatech saldrá a bolsa el año que viene.

Alex – Nos permitirá multiplicar por diez nuestra capacidad de inversión. Sobre todo en investigación. Porque, como sabe, la innovación está en el ADN de nuestra empresa. Si hace cuarenta años mi padre no hubiera tenido la genial idea de esa primera tarjeta inteligente biométrica, usted y yo no estaríamos aquí hoy...

Ángel – Sí... Especialmente usted...

Alex se queda un poco desconcertado por esta ironía inesperada.

Alex – Es cierto que mi padre fundó esta empresa. Pero yo también he trabajado mucho en su desarrollo. Hemos creado miles de empleos. Incluido el suyo, señor Ramírez... Como decía usted antes, construir un imperio comercial es un poco como la conquista del Oeste. Por supuesto, están los pioneros gloriosos, pero detrás también hacen falta personas valientes que se remanguen las mangas y trabajen la tierra para que la cosecha sea lo más abundante posible.

Ángel – Y precisamente de esos gloriosos pioneros quería hablarle, señor De la Vega. De aquellos que no pudieron disfrutar de los jugosos frutos de las tierras que habían labrado con el sudor de su frente, tras conquistarlas a veces poniendo en riesgo sus vidas.

Alex (*molesto*) – Propongo que dejemos estas metáforas absurdas, señor Ramírez... No tengo toda la noche, así que deje de dar rodeos y dígame qué le trae por aquí.

Ángel – ¿Y si le dijera que este éxito insolente se basa en una impostura...?

Alex – ¿Perdón...?

Ángel – Cuando su padre creó su primera empresa hace cuarenta años, era una empresa de servicios informáticos convencional, que no disponía de ningún producto innovador específico. Fue tras registrar la patente de esa tarjeta inteligente biométrica cuando fundó Biodatech.

Alex – Mi padre era un visionario. Y un inventor brillante. ¿En qué le convierte eso en un impostor?

Ángel – Porque, señor De la Vega, su padre no fue el inventor de ese producto revolucionario cuya patente se registró a su nombre y al de su empresa.

Alex asimila el golpe.

Alex – Es una acusación grave, señor Ramírez, y hasta que no se demuestre lo contrario, sin fundamento alguno. En cualquier caso, me sorprende que haya esperado hasta el día de su jubilación para mencionarlo. Y según usted, ¿quién sería el verdadero autor de esta invención?

Ángel – Un joven ingeniero de la época. Vino a presentar su invento a su padre, porque no tenía los medios financieros necesarios para desarrollarlo y comercializarlo por sí mismo.

Alex – No obstante, nada le habría impedido registrar la patente por su cuenta.

Ángel – Sabe perfectamente que proteger una invención es un proceso complejo y muy costoso. Especialmente a nivel internacional. Digamos que este joven era algo ingenuo. Confió en su padre... Necesitaba su ayuda para desarrollar el producto, y el señor De la Vega le hizo creer en la posibilidad de una sociedad.

Alex – Eso no explica cómo mi padre pudo robarle su invención.

Ángel – Contratándole, simplemente. Para que esa tarjeta inteligente se considerara desarrollada en el marco de un contrato de trabajo, y así pudiera patentarse a nombre de la empresa de su padre, y no del joven ingeniero que la inventó.

Alex – Pero me está diciendo que esa invención precedió a su contratación en Biodatech.

Ángel – Por eso hablé de impostura, señor De la Vega... Para despojar a ese joven prodigio de los beneficios de su invención, su contrato de trabajo fue antedatado intencionadamente por unos meses.

Alex – ¿Y cómo sabe eso?

Ángel – Porque fui yo quien falsificó ese contrato por orden de su padre.

Alex – Lo que le convertiría en cómplice de esta presunta estafa.

Ángel – No lo niego.

Alex – Supongamos que es cierto... ¿Y después?

Ángel – Después, en lugar de asociarle a la empresa como se le prometió, este joven ingeniero fue despedido por una falta profesional que no había cometido... Divulgación de información estratégica, precisamente relacionada con esa patente. El colmo del cinismo, ¿no cree?

Silencio mientras Alex digiere toda esta información antes de contraatacar.

Alex – No entiendo, señor Ramírez...

Ángel – Ramírez.

Alex – Lleva trabajando en Biodatech cuarenta años. Dice ser amigo de mi padre. De hecho, tuvo la bondad de mantenerle en su puesto hasta su jubilación, con un sueldo más que cómodo considerando su contribución tan discutible al éxito de esta empresa. Y hoy, a pocas horas de su fiesta de despedida, viene a acusar a su antiguo empleador de un robo de patente del que usted mismo sería cómplice. ¿Por qué? Y sobre todo, ¿por qué ahora?

Un momento de silencio.

Ángel – Le he dicho que no puedo seguir viviendo con esa mala acción en mi conciencia.

Alex – Por lo que parece, ha vivido perfectamente con ello todos estos años. ¿Por qué su conciencia se despierta de repente hoy?

Un momento de silencio.

Ángel – Porque hace unas semanas supe que ese pobre chico se había suicidado.

Alex – ¿Cuarenta años después de que le robaran su invención?

Ángel – No... Unos años después. Pero no lo supe hasta el mes pasado, por pura casualidad, al cruzarme con su hijo en una feria profesional. Y esta noticia me conmocionó, como puede imaginar...

Alex – La gente siempre encuentra buenas razones para suicidarse, ¿sabe? Nada garantiza que esta historia, si es cierta, sea el origen de ese trágico final.

Ángel – No, le aseguro... Me he informado. Ese chico nunca se recuperó de haber sido despojado de su invención. Acababa de casarse. Su esposa estaba esperando un hijo. Después de ser despedido por su padre, cayó en una espiral descendente. Hizo trabajos ocasionales. Empezó a beber. Cayó en una depresión... Hasta que cometió lo irreparable.

Alex – ¿Está intentando hacerme llorar, verdad? Pero yo no tengo nada que ver con todo esto. A diferencia de usted...

Ángel – No pretendo minimizar mi responsabilidad, señor De la Vega. Le hablo de una vida destrozada. De una viuda. De un huérfano.

Suena el teléfono de Alex, y él contesta.

Alex – Sí, Vanessa. No, no tardaré mucho más... ¿El CEO de Bank of America...? Sí, sé que es urgente... Dile que le devuelvo la llamada en un cuarto de hora, ¿de acuerdo? Gracias, Vanessa... *(Cuelga el teléfono.)* Todo esto es muy conmovedor, señor Ramírez, aunque su relato me parezca un poco melodramático, pero no son más que afirmaciones gratuitas sobre delitos presuntamente cometidos hace más de cuarenta años. Por tanto, probablemente prescritos.

Ángel – El dolor de un hombre al que le han robado una parte de su alma nunca desaparece.

Alex – Me dice que está muerto...

Ángel – Ciertamente, pero al menos sería justo rehabilitar su memoria.

Alex – ¿Siempre se expresa con un estilo tan pomposo, o está burlándose abiertamente de mí, señor Ramírez?

Ángel – No estoy para bromas, créame. *(Saca una foto de su bolsillo y se la tiende.)* Mire, aquí está su foto... cuando tenía veinticinco años. Apenas unos meses antes de quitarse la vida... Hoy tendría más o menos mi edad.

Alex, incómodo, apenas mira la foto.

Alex – Se lo repito, incluso si estos hechos fueran ciertos, estarían prescritos desde hace mucho tiempo.

Ángel – No si el perjuicio persiste. Lo cual es el caso con la explotación de una patente.

Alex – Esa patente pasó al dominio público hace más de diez años.

Ángel – Pero los productos derivados de esa patente siguen generando beneficios considerables incluso hoy.

Alex – Esa es su opinión. Una opinión muy discutible.

Ángel – Además, en principio, la prescripción solo empieza a contar desde el momento en que se revela el delito. Y hasta el día de hoy, nunca se había revelado.

Alex – Parece estar muy bien informado para ser alguien que solo quiere aliviar su conciencia... Otro en su lugar simplemente habría ido a confesarse a la iglesia. El cura le habría dado la absolución al instante y no se hablaría más del asunto.

Ángel – No soy creyente, lamentablemente.

Alex – En cualquier caso, no cederé al chantaje. No sería nuestro primer juicio, como puede imaginar. Y tenemos los medios para pagar a los mejores abogados.

Ángel – Claro, pero incluso si la empresa no fuera condenada, su reputación quedaría seriamente dañada.

Alex – En este caso, señor Ramírez, también estamos hablando de la reputación de un hombre que ya no está aquí para defenderse: mi padre.

Ángel – No podemos exonerar a los muertos de todas las fechorías que cometieron en vida. Ni siquiera cuando se trata de nuestros propios padres...

Alex – Usted decía al principio que mi padre lo consideraba uno de sus amigos, señor Ramírez. ¿Es así como trata a sus amigos?

Ángel – Este asunto trasciende eso, señor De la Vega. Se trata de reparar una injusticia.

Alex – Pero, ¿qué espera de mí exactamente?

Un momento de silencio.

Ángel – Creo que al final aceptaré otro whisky...

Alex duda un instante antes de servirle otro vaso.

Alex – Disculpe que no le acompañe... Yo todavía no estoy jubilado y tengo muchas cosas que hacer.

Ángel – Como devolver la llamada a ese gran cliente con quien debe firmar ese contrato el lunes en Nueva York...

Alex – Eso no es asunto suyo, señor Ramírez. Usted no era más que un oscuro empleado entre los dos mil que tiene Biodatech. Y en unas horas, ya no formará parte de esta empresa...

Ángel – Beberé para olvidar esta triste perspectiva... ¿Está seguro de que no quiere brindar conmigo otra vez?

Alex – Seguro.

Ángel toma un sorbo de whisky y lo saborea.

Ángel – No sabe lo que se pierde, el segundo vaso es aún mejor que el primero. Quince años de envejecimiento, se nota bien el sabor del viejo roble en el que este precioso néctar maduró.

Alex – ¿No quiere también un puro?

Ángel – Gracias, dejé de fumar. Si quiero disfrutar un poco de mi jubilación...

Alex – Le escucho, señor Ramírez. Y sea breve...

Ángel – Como le dije, primero quería aliviar mi conciencia.

Alex – Bueno, eso ya está hecho... ¿Se siente más ligero?

Ángel – Después, en la medida de lo posible, reparar lo que se pueda.

Alex – ¿Reparar? Me ha dicho que su genio desconocido está muerto.

Ángel – Rehabilitar su reputación.

Alex – ¿Arruinando la de mi propio padre?

Ángel – Y compensar a la viuda y al huérfano, por supuesto.

Alex – Debo decir que me impresiona, señor Ramírez. Le recibo a pocas horas de su jubilación, nunca he intercambiado más de dos palabras con usted. Y pretende destruir, justo antes de irse, todo lo que mi padre dedicó su vida a construir. Ofreciéndole, además, a usted también, un empleo bien pagado en esta empresa durante toda su vida.

Ángel – No se trata de mí, sino de ese hombre cuya vida fue destruida. Sé que usted es un hombre honesto, señor De la Vega. Créame, ahora que usted también lo sabe, tampoco podrá vivir con este peso en la conciencia.

Alex – Escuche, señor Ramírez, no dudo de la sinceridad de sus intenciones, pero comprenda bien la situación. Sea cual sea el resultado de un posible juicio, la revelación de este asunto dañaría duraderamente la reputación de la empresa. A corto plazo, en cualquier caso, esto podría comprometer la firma de ese enorme contrato que estoy a punto de cerrar el lunes en Nueva York.

Ángel – Soy plenamente consciente de ello, créame...

Alex – Biodatech tendría que renunciar a las contrataciones previstas en el marco de su desarrollo. Quizás incluso nos veríamos obligados a despedir. Sin mencionar una posible quiebra... ¿Ese es el regalo que quiere dejarle a esta empresa que le ha mantenido durante tantos años?

Ángel – Esta vez es usted quien intenta conmovirme, Alex...

Alex – Si me permite, preferiría que siguiera llamándome señor De la Vega.

Ángel – Entiendo su punto de vista, puede estar seguro de ello. Pero póngase en mi lugar.

Alex – Prefiero quedarme en el mío, si no le importa...

Ángel – Para mí, esta es la última oportunidad de restablecer la verdad. De hecho, estaba pensando en mencionar este asunto en mi discurso...

Alex – ¿Su discurso...? ¿Qué discurso...?

Ángel – Mi discurso de despedida, dentro de un rato, durante mi fiesta de jubilación.

Alex – ¿Una confesión pública? ¿Delante de todos los ejecutivos de la empresa reunidos para la ocasión...?

Ángel – Sí... será un momento doloroso para todos, sin duda. Doloroso, pero necesario... Me atrevería a decir incluso que saludable.

Alex – Entonces le importa un bledo el futuro de esta empresa. Le hemos pagado generosamente por no hacer nada durante todos estos años, y ahora que se jubila, pretende comprarse una conciencia a bajo coste por un robo de patente en el que usted mismo participó activamente.

Ángel – Entiendo su emoción. Descubrir que su padre no era exactamente el héroe que pensaba es difícil...

Alex – Y encima, se está burlando de mí...

Ángel – ¡En absoluto! (*Mira la foto en el escritorio.*) Es su hijo, ¿verdad...?

Alex – Deje a mi hijo fuera de esto.

Ángel – Algún día, él tomará el relevo de Biodatech.

Alex – Tiene cinco años.

Ángel – Sí... Y sin embargo, su futuro ya está asegurado. Incluso si decide dedicarse al cine o coleccionar obras de arte, pondrá la empresa en gestión y seguirá percibiendo los dividendos de su cartera de acciones toda su vida. Y sus hijos después de él también...

Alex – Una empresa, ¿sabe?, no es un reino de opereta que se hereda de padre a hijo hasta el fin de los tiempos. Biodatech no es el Principado de Mónaco. Los escándalos no contribuyen a mantener su prosperidad. El futuro de una empresa depende de su reputación, señor Ramírez. Y también sucede que una empresa puede quebrar, despedir a todos sus empleados, y que su CEO acabe en el paro.

Ángel – Es cierto, los hijos de los ricos a veces son menos afortunados que sus padres, pero es muy raro que caigan en la verdadera pobreza de forma duradera. Y lo mismo ocurre con los proletarios. Algunos logran subir momentáneamente algunos peldaños de la escalera social, pero es raro que lleguen a la cima y accedan a la verdadera riqueza. Y aún menos frecuente que se mantengan allí el tiempo suficiente como para fundar una dinastía.

Alex – Mi padre creó esta empresa desde la nada. Es un self-made man.

Ángel – Esa es, al menos, la historia que les gusta contar... Un cuento de hadas que los medios han contribuido a popularizar. La verdad es que su abuelo era banquero. Su padre estudió en Stanford, y usted en Harvard. Ese desván en el que supuestamente fundó Biodatech era el de la mansión familiar de los De la Vega.

Alex – Y usted, señor Ramírez, ¿dónde estudió para alcanzar esta posición tan envidiable dentro de nuestra empresa?

Ángel – No tuve la oportunidad de cursar estudios superiores, lamentablemente. Pero como no he llegado a gran cosa en la vida aparte de ser el ejecutor de los trabajos sucios de su padre, tampoco me calificaría como *self-made man*.

Alex – Entonces, ¿fue solo gracias a este odioso chantaje que mi padre le mantuvo en su puesto durante todos estos años? Por cierto, no he entendido muy bien. ¿Qué hacía usted exactamente en esta empresa, señor Ramírez?

Ángel – Ya se lo he dicho, al principio era el único empleado de su padre. Hice un poco de todo: contable, secretario, chófer, guardaespaldas...

Alex – Al principio... ¿Y al final?

Ángel – Digamos que para su padre era... su hombre para todo.

Alex – Su hombre para todo... Deduzco que desde su fallecimiento, usted no hacía absolutamente nada.

Ángel – Es cierto que en mi despacho, rodeado de todos esos esqueletos, empezaba a sentir que el tiempo se me hacía un poco largo. Por suerte, hoy me jubilo...

Alex – En cualquier caso, si las acciones de mi padre le causaban problemas morales, podría haber dimitido hace tiempo.

Ángel – Es cierto, debería haber reaccionado antes. Fui un cobarde.

Alex – ¿Y qué le hizo cambiar de opinión?

Ángel – No quería comprometer la reputación de su padre. Ahora que ya no está entre nosotros...

Alex – ¿Y no le importa mancillar su memoria...?

Ángel – Si ese joven ingeniero murió, fue por nuestra culpa.

Alex – ¿Nuestra? ¡Yo ni siquiera había nacido!

Ángel – Hablo de su padre, de mí... ¡De Biodatech!

Alex – ¡Pero yo no tengo nada que ver con esto!

Ángel – Sin embargo, ¿se beneficia de esta fortuna, no?

Alex – Ya veo... ¿Está celoso de mi éxito, es eso? ¿Del de mi padre? Durante todos estos años, se conformó con recibir su salario a cambio de su silencio. ¿Y ahora quiere también su parte del pastel?

Ángel – No para mí. Pero para la viuda de ese pobre hombre. Para su hijo.

Alex – ¿Concretamente?

Ángel – Podríamos considerar... una compensación simbólica.

Alex – ¿Simbólica?

Ángel – Digamos sustancial, entonces.

Alex – Podría pensarlo... Con la condición de que me prometa no divulgar este asunto. Y, sobre todo, que no lo mencione esta noche en su pequeño discurso de despedida...

Ángel – Si queremos que este genio desconocido pase a la historia como el verdadero inventor de la primera tarjeta inteligente biométrica, será difícil no alertar a la prensa...

Alex – Eso está fuera de discusión.

Ángel – ¿Entonces propone encubrir este asunto con unos cuantos millones de euros?

Alex – ¿Perdón? ¡Está delirando! Nunca he hablado de millones...

Ángel – En cuarenta años, esta patente les ha generado más de mil millones.

Alex se levanta bruscamente.

Alex – ¡Bueno, basta ya! ¿Tiene pruebas de lo que afirma? Si no, le pediré que salga inmediatamente de mi despacho.

Muy tranquilo, Ángel permanece sentado y saca su teléfono del bolsillo.

Ángel – Me aseguré de grabar la conversación que tuve con su padre en aquella época. Me daba las instrucciones para falsificar ese contrato de trabajo que le permitió apropiarse fraudulentamente de la famosa patente.

Alex – ¿Una grabación de hace cuarenta años?

Ángel – No era la prehistoria, ¿sabe? Los magnetófonos ya existían...

Alex – Ya veo... Un magnetófono en miniatura, como en las películas de espías de los años 60... *(Irónicamente.)* Estaba muy bien organizado para alguien que solo se guiaba por consideraciones morales.

Ángel – Digamos que preferí tomar mis precauciones, por si acaso...

Conecta unos auriculares a su teléfono y se los tiende a Alex, quien se los pone en el oído. Ángel pulsa una tecla en su teléfono y Alex escucha atentamente antes de quitarse los auriculares de golpe.

Alex – He escuchado suficiente...

Ángel – Lo entiendo. Esa voz de ultratumba es difícil de escuchar. Más aún sabiendo que es la de un estafador...

Alex – Entonces, deliberadamente tendió una trampa a mi padre para asegurarse una jubilación cómoda llegado el momento...

Ángel – Usted conocía a su padre... Podía ser implacable. Esa grabación era, para mí, una póliza de seguro.

Alex – ¿Una póliza de seguro...? Según usted, mi padre podría haberle eliminado para borrar las pruebas de su delito... Esto no hace más que mejorar. ¿Ahora también lo acusa de ser un asesino en potencia?

Ángel – Si supiera todo lo que tuve que hacer por él... Es mejor que eso se pierda para siempre en el olvido, créame, porque si llegara a salir a la luz... Pero ese no es el tema de hoy.

Alex – Entonces, ¿cuál es el tema de hoy? ¿Qué espera de mí exactamente?

Ángel – Si no desea que este asunto salga a la luz, habrá que llegar a un acuerdo financiero.

Alex – ¿No querrá también opciones sobre acciones?

Ángel – Estaba a punto de sugerirlo...

Alex – Así que se trata de un chantaje, claramente.

Ángel – Usted simplemente heredó la empresa de su progenitor. No ha creado nada. En cuanto a su padre, tampoco era el inventor brillante que pretendía ser. Solo era un impostor. Un ladrón. Un ladrón de ideas, pero un ladrón al fin y al cabo. Sí, detesto su arrogancia de clase.

Alex – Entonces, ¿es usted una especie de justiciero?

Ángel – De pequeño ya me creía Robin Hood...

Alex – Terminemos con esto. ¿Cuánto quiere?

Ángel – Un porcentaje de la empresa que está a punto de salir a bolsa. No le costará nada, por así decirlo... Para usted será solo un simple ajuste contable. En cualquier caso, no afectará a la tesorería de Biodatech.

Alex – Así que ya no hablamos de la viuda y el huérfano...

Ángel – Si queremos evitar que este asunto se haga público, con las desastrosas consecuencias que usted mismo ha mencionado, será mejor que quede entre nosotros, ¿no cree...?

Alex – Robin Hood robaba a los ricos, pero era para dárselo a los pobres, no para llenarse los bolsillos... Usted no es más que un ladrón. Y además, un chantajista.

Ángel – ¿Robar a un ladrón sigue siendo robar?

Alex – ¿Cuánto?

Ángel – Digamos un 5%. Como ve, no soy codicioso. Para Biodatech será completamente indoloro.

Alex – Pensaba que era usted un defensor de las causas perdidas. Me decepciona, señor Ramírez.

Ángel – Haré mis buenas obras a mi manera...

Alex – ¿Una fundación, tal vez...? ¿O una gran donación a SOS Suicidio...?

Ángel – ¿Por qué no? Mientras tanto, considere esto como un regalo de despedida.

Alex – Un regalo muy caro...

Ángel – ¿Qué pensaba regalarme? ¿Una caña de pescar?

Alex – ¿Cómo lo ha sabido?

Ángel – Entonces, ¿qué?

Alex – ¿Cómo puedo estar seguro de que no guarda una copia de esa grabación?

Ángel – Tendré el 5% de las acciones de la empresa. No me interesa que la compañía quiebre... o que pierda valor en bolsa.

Alex – ¿Quién de los dos es más sinvergüenza, señor Ramírez?

Ángel – El que tiene más acciones, supongo. Y en este caso, es usted.

Ángel coloca un documento sobre el escritorio.

Alex – Lo tenía todo planeado...

Ángel – Solo tiene que firmar.

Alex – Al final creo que me tomaré un whisky.

Se sirve un gran vaso y lo vacía de un trago.

Ángel – No quiero presionarle, pero me gustaría tener tiempo de corregir mi discurso.

Alex todavía duda.

Alex – Espere un minuto... Antes de firmar, si me lo permite, me gustaría verificar la veracidad de lo que afirma. Saber si ese tipo realmente está muerto y si de verdad se suicidó. ¿Cómo se llamaba?

Ángel – Ángel Ramírez...

Alex – ¿Perdón?

Ángel – Ese pequeño genio de la informática era yo.

Alex – Entonces ha mentado.

Ángel – Digamos que era una metáfora... Ese joven inventor ya no existe. En cierto modo, aceptó desaparecer a los 25 años al renunciar a su invención, bajo presión.

Alex – ¿De verdad?

Ángel – No tenía dinero. Acepté conscientemente firmar ese contrato con fecha antedatada. Su padre me convenció de que nunca podría proteger mi invento. Al menos me garantizó que esa patente se quedaría en la empresa. Y yo también... De por vida.

Alex – ¿Y ahora que ya se ha comido el pastel, también quiere llevarse la pasta?

Ángel – Firmé un contrato con el diablo. El diablo ha muerto. Me considero liberado. Se lo debo a mi familia. A mis hijos... A mis nietos.

Alex – Aun así, fue mi padre quien fundó esta empresa... Quien asumió todos los riesgos...

Ángel – Es cierto, elegí el camino fácil. La seguridad del empleo. A costa de un pacto que me despojó de mi invención. Su padre recogió todos los honores y percibió todos los beneficios, de los cuales usted hereda hoy. A cambio, yo solo recibí la garantía de una vida tranquila y discreta, sin preocupaciones económicas.

Alex – Me ha dicho que no tiene estudios. Por lo tanto, no es ingeniero informático.

Ángel – En efecto. En aquel entonces, solo era un autodidacta con talento. Esa es también la razón por la que me dejé embaucar tan fácilmente por su padre. Como ve, al final, no le he mentado tanto. Hoy, el anciano que soy quiere vengar al joven que traicioné.

Alex – ¿Vengarse? ¿De mí? ¡Pero yo no tengo nada que ver con esto!

Ángel – No, como todos los herederos. Solo se beneficia de haber nacido en el bando de los vencedores.

Alex – Sin mi padre y sin mí, esa invención nunca habría generado tanto dinero, lo sabe perfectamente. Y si Biodatech no se hubiera apropiado de esa patente, alguien más lo habría hecho. Así es la vida... Es como funciona...

Ángel – Así es... El mundo es un teatro, como decía Shakespeare. Y el mundo de los negocios no es una excepción. Pero no porque un dramaturgo no escenifique su propia obra deja de tener derecho a sus derechos de autor.

Alex firma el documento y se lo tiende a Ángel, quien lo recoge.

Alex – Le deseo una buena jubilación, señor Ramírez. Y sobre todo, no vuelva nunca por aquí si quiere disfrutar de ella durante unos años más. Ahora, si me disculpa, volveré a trabajar... para mis accionistas.

Ángel – ¿Vendrá a mi fiesta de despedida?

Alex – Mi ausencia daría que hablar, ¿no cree?

Ángel – Venga, sin rencores... Aun así, me regalará esa caña de pescar, ¿verdad?

Alex – No estire demasiado la cuerda, señor Ramírez...

Ángel – Normalmente, en las películas, este sería el momento en el que se enciende un puro, ¿no?

Alex se levanta para indicarle a Ángel que debe irse.

Alex – Pero ha dejado de fumar, ¿verdad? A menos que también haya mentado sobre eso... Por cierto, parece ser muy bueno inventando historias. Dice que es un genio de la informática. ¿No habrá pedido a una Inteligencia Artificial que le invente esta historia, verdad?

Ángel – Usted ha escuchado la grabación...

Alex – Hoy en día, con las nuevas tecnologías, se puede hacer decir cualquier cosa a cualquiera... Incluso a los muertos.

Ángel – Quién sabe si usted también acaba de firmar un pacto con el diablo...

Alex – ¿Algo más?

Ángel – Una última cosa que siempre soñé hacer antes de irme...

Ángel se acerca al retrato del fundador de la empresa y, con un rotulador, le dibuja un pequeño bigote y un mechón de cabello al estilo Adolf Hitler.

Alex – No sé qué me impide partirle la cara.

Ángel – El miedo a no salir ganando, tal vez... Pero sé que dejo Biodatech en buenas manos.

Alex – Espero no volver a verle nunca más, señor Ramírez...

Ángel – Aunque... Con el 5% de las acciones de esta empresa, soy el accionista minoritario más importante. Podría tener ganas de sentarme en el consejo de administración.

Alex – Entiendo por qué mi padre tuvo ganas de matarle. Tenga cuidado, podría contratar a alguien para terminar el trabajo en su lugar.

Ángel – Dicen que la economía es la continuación de la guerra por otros medios... Pero estaría cometiendo un error... Porque, si le interesa, tengo la idea de otro producto que podría revolucionar el mercado.

Alex – ¿De verdad?

Ángel – Una nueva tarjeta electrónica que combine la potencia de un ordenador cuántico con un chip que reproduzca el funcionamiento de las neuronas humanas. Las posibilidades son vertiginosas, créame...

Alex – ¿Y no tiene miedo de que le roben su invención otra vez?

Ángel – Con todo el dinero que acaba de darme, podré patentarla... Quién sabe, tal vez incluso funde mi propia empresa para explotarla... Nos vemos más tarde, señor De la Vega. Necesito repasar un poco mi discurso...

Ángel sale. Alex mira el retrato de su padre. Abatido, se sirve un whisky y lo vacía de un trago. Se sienta de nuevo. Suena el teléfono.

Alex – ¿Sí, Vanessa...? ¿El elogio fúnebre? Ah, sí, mi discurso para la jubilación del señor Ramírez... No, no será necesario. Creo que ahora sé lo suficiente sobre el personaje... Ah, una pregunta, Vanessa. Me dijo que no tenía ningún título, que era autodidacta. ¿Puedes verificarlo en su currículum? *(Pausa.)* ¿Graduado en una escuela de teatro? ¿Estás segura? No, no, por nada... *(Cuelga el teléfono, toma la botella de whisky y la mira.)* Parece que el genio ha vuelto a su botella... *(Se sirve otro vaso, lo bebe y hace una mueca.)* Este whisky tiene un sabor extraño...

Oscuro.

Fin

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicos (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más interpretados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde su sitio La Comédiathèque (comediatheque.net). No obstante, toda representación pública está sujeta a autorización ante la SACD.

Para aquellos que sólo deseen leer estas obras o que prefieran trabajar el texto a partir de un formato libro tradicional, se puede pedir una edición en papel de pago en el sitio The Book Edition o Amazon a un precio equivalente al coste de fotocopia de este fichero.

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Comedias para 2

Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Joker
El Último Cartucho
Ella y El
Encuentro en el andén
EuroStar
La Corda
La ventana de enfrente
Los Naufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer, un salto hacia atrás para la Humanidad...

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Denominación de Origen no Controlada
Después de nosotros el diluvio
El contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún critico en la sala?
Las Pirámides
Regreso a la escena
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6

Bien está lo que mal empieza
Crisis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Flagrante delirio
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas

Comedias para 7o más

A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad...
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El infierno son los vecinos
El pueblo más cutre de España
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Jaque Mate
La función no está cancelada
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nochebuena en la comisaría
Prehistorias grotescas

Comedias de sainetes (sketches)

A corazón abierto
Aviso de paso
Breves del Tiempo Perdido
Ella y El, Monólogo Interactivo
Escenas callejeras
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa

Monólogos

Como un pez en el aire
Happy Dogs

Todas las piezas de Jean-Pierre Martinez son libremente descargables desde el sitio comediatheque.net

*Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.*

Aviñón – Enero de 2025

ISBN 978-2-38602-305-7

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.